

4 REGIONES de ESPAÑA

Por PURI GUTIERREZ



Así vive la mujer del campo

Los que podían levantar el agro, desertan

Urge un equilibrio entre la industria y la agricultura

La mujer, buena levadura para el desarrollo comunitario

El campo español no es todo igual. La variopinta piel de toro tiene, en cada región, su propio trazo, su propio color. Muy verde el Norte, con la mancha blanca de sus caseríos perdidos entre valles y montes; color de sol, algodón y oliva el Sur; Levante: tonos de huerta y naranjas. Y «mies tostada» podía ser el color de Castilla.

Y en ese campo, variado y disperso, la mujer. Vamos a ver, pues, a la mujer campesina. Ella, como otros muchos españoles, no sabe que, no sólo es diferente el color en el campo español; es la misma vida campesina la que se presenta llena de contrastes, cuando se compara una y otra región. Porque no es lo mismo labrar la propia tierra que ir «a jornal», no es igual tener agua corriente en casa, que ir a buscarla a tres kilómetros de distancia.

Ese desconocimiento trae, como consecuencia, una desconexión, con su sentido de importancia, y una falta de esfuerzo en común por llevar a cabo unas condiciones mejores de vida.

Cuando la mujer labradora descubre otros horizontes, generalmente tienen como fondo una ciudad. Y olvidándose de la propia tierra, se embarca en la aventura de la emigración. Este es el camino donde confluyen las mujeres de cualquier campo de España. Porque los motivos que les impulsan —a pesar de la variedad de vida— pueden ser comunes. Antes de comenzar a analizarlo —o precisamente para ello— vamos a detenernos en varios pueblos diferentes, para ver cómo vive y cómo piensa la mujer de nuestro campo.

LAS CHICAS VASCAS NO QUIEREN CASARSE CON MAYORAZGOS

Un caserío guipuzcoano. A dos, a cuatro kilómetros de un pueblo industrial. Amanece. Las «casheras», con el burro o el carrito, bajan las marmitas para reparar, piso por piso, la leche. También llevan la verdura de la huerta que vendrán en el mercado. Manuela, viuda desde muy joven, con cerca de sesenta años a la espalda, lleva más de veinte visitando



mi casa cada mañana. Ella es discreta, digna, callada. Vacía su «chanchillo» en el cuceleche. No quiere vender el blanco licor a las centrales lecheras, que día a día se hacen las amas de la región. Jamás ha ido al cine. Nueve hijos no le dejaron mucho tiempo libre. Los educó en la reciedumbre y la nobleza. El mayor se quedó en el caserío —es la ley—, los otros tuvieron que marchar de casa. Bajaron al pueblo a trabajar en fábricas, y cada domingo con sus mujeres y niños, suben a casa de la madre.

Aún vive en el caserío Doro, la hija pequeña. Ella, como la inmensa mayoría de jóvenes vascas, no sueña con casarse con un mayorazgo. El que se queda con la hacienda —caserío, prados, manzanas— se expone a quedarse solo. No quieren las chicas ser dueñas de un caserío, prefieren vivir «al día» con un jornal, y ser la esposa de un obrero. ¿Por qué?

Cuando la mujer trabaja en el campo tiene un aspecto más tosco. El vivir distanciadas de los pueblos, les impide cultivarse, incluso hablar un castellano perfecto. El tener que trabajar en la huerta, ordeñar, hacer las labores caseras —con el cuidado que pone en ello la mujer vasca, limpia como el oro— agota su tiempo demasiado. Y sobre todo, si es joven, no encuentra posibilidades de expansión, participación y diversión. La mujer vasca es tímida y si vive aislada se cierra mucho más.

No siente apego por el caserío porque «en la calle» no se valora como es debido a la gente de campo. Y no quiere que sus hijos, más adelante, sean llamados «pellos». Por eso prefiere trabajar en una fábrica y vestir bien. A veces también emigra, pero al extranjero.

EN EL SUR, SIN UN TROZO DE TIERRA PROPIA, ¿COMO AMAR EL LABRANTIO?

Demos un salto. Muy grande, hasta el Sur. Castro del Río, provincia de Córdoba. Una semana con los acetuneros. He ido con la cuadrilla al tajo. Me he arañado.





do las manos entre los cardos y los terrones. He sentido la tensión del cuerpo que ha de caminar inclinado, y me he arastrado de rodillas, sin estarnos permitido sentarnos sobre los pies. Una a una, cada oliva iba llenando el cestillo. Una a una he ido observando a cada mujer de esta cuadrilla de aceituneros, he escuchado sus quejas, sus dificultades, su resentimiento y su resignación.

No existen domingos en la temporada. Si llueve, no hay jornal. Una mujer espera un hijo, y pasa el día con la cintura doblada. Otra tiene a su chiquitín sobre unos sacos mientras dura la faena. La mayoría no saben leer: «Para estar entre terrones estorba lo negro» —me dicen.

—¡Qué cansado es estol —comento.
—Peor es el algodón. Y los garbanzos —responden—. Los garbanzos sobre todo, porque hay que tirar con fuerza para arrancarlos y te llagan las manos.

Cuando vuelven a casa han de atender a los chiquillos que durante el día quedaron solos, preparar comidas, lavar, limpiar las prendas usadas en el campo, que por viejas, se desgastan cada día. Y cuidar las macetas. Porque una mujer andaluz, después de una jornada agotadora, es capaz de cambiar de lugar treinta macetas, si corren el peligro de helarse.

Sus flores. Y su alegría. Ese jolgorio incubridor de penas. Porque el humor y la risa acompañan a su necesidad. Esa necesidad que, en los meses de paro, va llenando de deudas las tiendas del pueblo. Hasta que llegan las temporadas de «faena», duras y difíciles, pero que ponen unas monedas en las manos del obrero andaluz. Setenta y siete pesetas nos pagaron a las mujeres cada día. Dos o tres duros más a los hombres.

No es un secreto que Andalucía se despusle hacia las regiones industriales. Su costa, al hacerse turística, también va empleando a algunas mujeres. Ellas van por todos los sitios con su desgarro, su gracia y su desconfianza, ¡tanto han tenido que pasar! llevando a rastras, muchas veces, su falta de cultura. En la gran ciu-

dad, en el mejor de los casos, vivirán en un piso con otras familias, sin espacio para una flor. Ellas, que vivieron en el campo sin más tierra propia que la de sus macetas, tal vez no puedan ver crecer los geranios en el ventanuco compartido de ese patio de vecindad, tan diferente de los floridos patios de la tierra suya.

EN LA CIUDAD SE VIVE MEJOR. PIENSA LA MUJER CASTELLANA

Es la Rioja Alta. Laderas de trigo, cebada y centeno, o campos de remolacha azucarera y patatas. Una plaza de pueblo, con su fuente de cuatro caños, donde van las mujeres «a» por agua con los cántaros y botijos. La ropa se lava con el agua que sobra del pilón donde beben los animales. Pero a veces, en verano, los caños se secan y hay que subir al monte, con las alforjas llenas de ropa sucia, para hacer la colada.

Cuando voy a casa de Patro, ella y su esposo Donato, me cuentan cosas de antes:

—La siega era durísima. Cortar a mano, con la hoz, fanegas y fanegas, y atar y acerrar. Hoy todo eso lo hace la cosechadora. Hasta meter la paja al corral.

Patro asegura que lo peor era el sallar. Había que cortar una a una las malas yerbas. Pero ahora, con un pulverizador je veneno a la espalda, en pocos segundos ves muertos los malos tallos, mientras que los cosechables no sufren daño.

Cuando yo era chica me gustaba montar en el trillo y dar cien mil vueltas a la era, y ver, al atardecer, a los aventadores arrojar al alto el grano, para que el aire hiciera con él dos montones: de paja y de grano. Pero hoy la trilladora, en una tarde, hace el trabajo de quince días.

Aquí cada labrador tiene sus parcelas propias. Es su propia tierra y nadie manda en él. En la casa se crían gallinas, cochinos, conejos... La mujer va menos que antes al campo. Aún todavía a la re-

molacha y la patata. Y los días de verano a la era, cuando se unen varios labradores para alquilar la trilladora y todos ayudan a «dar haces», hasta las mujeres y los niños. Porque un peón cuesta caro.

El baile del pueblo —una gramola en un pajar, con el suelo de tierra y en lo alto vigas llenas de haces— lo tuvieron que cerrar por falta de chicos. Sólo quedan en el pueblo dos o tres mozas. Chicos solteros más de veinte. Un fenómeno curioso ocurre aquí: La mujer es más abierta, más afanosa de novedad, más decidida. A pesar de tener tierra propia no siente apego a la vida de labradora. Casi todas las chicas han marchado a estudiar, a trabajar o a servir. Ellos, en cambio, siguen pegados a la tierra. Dentro de poco será un pueblo de solterones. Un niño, que esperaba con sus padres para matricularse en la Escuela de Formación Profesional de Logroño, huyó al pueblo para evitarlo. Sus padres quieren ir a la capital y él quiere la tierra. El hombre de aquí ama el campo —yo les he oído hablar de la tierra con alma de poetas—, pero la mujer odia las condiciones de vida de estos pueblos.

Aunque sean propietarios, generalmente no disponen de dinero en efectivo. Pagan caras las semillas y los abonos. La última cosecha, las patates de siembra pagadas a siete pesetas para enterrar, sólo a una pesetas fueron cotizadas al ser cosechadas. Después de vivir pendientes del tiempo hasta que nace el fruto, después de trabajarlo y sudarlo, a la hora de vender no es el labrador el que marca el precio.

La mujer limpia la casa, y al momento, las pajas de la cuadra o el barro de las calles sin asfaltar, lo ponen todo perdido. Como no hay agua corriente, el asno no puede ser muy esmerado. Las orinas se tiran por la ventana. El fogón de leña, mancha el fondo de las ollas de la cocina. Las costumbres tienen sola en casa, los días de fiesta, a la mujer casada. Y la joven no tiene más diversión que el paseo por la carretera. Esta mujer sabe



que en la ciudad todo es mas limpio y agradable. Los matrimonios salen juntos al cine y nadie los critica. Los hijos se educan de otra manera.

Porque las maestras no duran nunca más de un año seguido y los niños no reciben una educación continuada. La única antena abierta al mundo es la televisión del salen parroquial. Ni libros, ni periódicos, ni clubs, ni deportes. Ni música, ni pintura, ni teatro... Si en alguien despunta una afición —sé de quien quería aprender a tocar la guitarra— recibe críticas en vez de apoyo.

Las chicas, cuando tienen tiempo libre, hacen bonitos bordados. Esto ocurre en otros pueblos, lo he visto en Toledo y Extremadura, pero ¿quien paga ese esfuerzo? Ciento veinticinco pesetas por un juego de cama bordado a mano. Dejarse los ojos en la labor y no ver un provecho. Las aspiraciones, las ansias de estas mujeres no encuentran cauce en su tierra. Y se van.

MANOS QUE SABEN BORDAR, SE AGOSTAN ENTRE LA FLOR DEL TABACO

Otras veces la campesina ha de dejar su hogar, por temporadas, para residir en las propias tierras de labor. Vayamos a verlo a los pies de la sierra de Gredos. Los pueblos de la Vera de Extremadura se vacían cuando los «medieros» se trasladan al valle del río Tiétar. Esto ocurre en primavera y hasta el invierno; cuando la tierra se queda eria y el río se desborda, llegando a sus casuchas; no vuelven al pueblo.

Cada casa tiene una gran cocina y dos habitaciones. Sobre ellas, los secaderos de pimientos. Dentro de la casa se encienden hogueras para secarlos y los hombres, tumbados en mantas, vigilan por la noche para que no se queme la casa.

Las mujeres van a los pimentonales, pero sobre todo a los campos de tabaco, que requieren muchos y continuos tra-

bajos: sembrar, preparar la tierra y hacer el trasplante. Abonar, regar y cortar las flores y los retoños, uno por uno, en cada planta.

Esta gente es abierta, comunicativa y generosa. Hemos llegado fatigados de una excursión a una puerta cualquiera y nos obsequian con una sandía. En un comercio de Jarandilla conocí a la «Charla» y su casita del valle se abrió para nosotros. Al amanecer cogió higos frescos para ofrecernoslos con rocío, nos sentó a su mesa, nos ofreció su pan, con sencillez, con dignidad.

Vida dura la de los medieros. Sin una fiesta en nueve meses. A medias con el amo, que contrata a cientos de familias. Temiendo por las plagas que pueden dejarles un año entero sin cobrar, y en el mejor de los casos, recibirán por el kilo de tabaco la mitad de lo que cuesta en el estanco una cajetilla de pocos gramos.

Una mujer, antes de marchar a regar, me enseñó una mantelería bordada por ella. Las labores manuales no caben en la prisa de las ciudades. La mujer del campo tiene todavía paciencia.

Pero sus hijos sólo pueden ir a la escuela en invierno, cuando suben todos a vivir al pueblo. Esos pueblos a los que también empieza a descubrir el turismo, el cual está consiguiendo, en algunos casos, un mayor empeño por acondicionar las viviendas, en honor al forastero, que llega en verano a disfrutar de esta paz del campo tan necesaria para la vida.

URGE BUSCAR SOLUCIONES, CONTANDO CON LAS VOCACIONES CAMPESINAS

Cuatro batones de muestra, cuatro regiones de España. En cualquiera de ellas se adivina una desertión de la mujer campesina. A veces ello es necesario, sobre todo cuando nada hay que les ate a la tierra, porque nunca fue suya, o si, por sucesivos repartos familiares, no llega para dar de comer a todos. Pero, en

general, es la dureza del trabajo, el bajo nivel de vida, el horario sin fin, la inseguridad económica, unida a la carencia de servicios sanitarios, culturales y recreativos y la falta de aliciente para sus aspiraciones, quien arranca de su tierra al labrador.

La mujer joven, quemada por el sol y gastada por el trabajo, envejece pronto y se descuida. El labrador, bastantes veces, es rudo y ni siquiera vería con buenos ojos que ella fuera presumida. El pueblo es monótono. Sólo se habla de chismes. Y los de capital miran a los labradores por encima del hombro, y les venden caros los abonos y maquinaria. Por todo esto los pueblos se quedan solos. ¡Cuántas veces, quienes más valen, desertan, para hundirse en la vida mecánica y deshumanizada de las grandes urbes!

Sin embargo, para bien de todos, es necesario que exista un equilibrio entre el campo y la ciudad, entre la industria y la agricultura. Tan grandes y complejos problemas requieren serios estudios y soluciones a plano nacional.

Pero no hay que olvidar que existen gentes con vocación campesina. Que valoran la vida sana de los pueblos, con su ambiente afectivo y de amistad. Pero necesitan apoyo moral y económico. Y necesitan orientación.

La mujer de pueblo, que se educa fuera de él, se aloja al volver. Esa educación no la prepara de cara al campo, pero le descubre una exigencia imposible de llenar en él, dadas las condiciones actuales. Y por eso, quienes más falta hacen, se marchan.

FALTAN PUESTOS DE TRABAJO PARA LAS PROFESIONALES, CUANDO EL TRABAJO SOBRARIA

Nuestros pueblos no pueden mantener, hoy por hoy, profesionales. Sin embargo... ¡Qué bueno sería que las jóvenes campesinas amantes de su tierra, se for-

maran profesionalmente con vistas a una elevación del campo! Asistentes sociales, maestras, enfermeras... Pero es lo de siempre: ¿Dónde está la posibilidad de colocarse?, o ¿quién se queda en el pueblo, sin ducha, sin cine, sin tiendas?

Algo se está haciendo en cuanto a una formación profesional agraria que capacite para una mejora de los sistemas de trabajo rural. Mas entre los chicos que entre las chicas, pero importa mucho cuidar este aspecto.

También se llevan a cabo algunas experiencias de desarrollo comunitario: Equipos de asistentes sociales y técnicos de agricultura fomentan una educación para un cambio de mentalidad del pueblo, para que comprenda toda la fuerza de una comunidad, que, movida por unos líderes naturales, nacidos del pueblo mismo, en unión de este equipo, detecte los problemas, mire los recursos y cree los servicios necesarios.

En esta labor la mujer tiene mucho que aportar. Conozco, en varias regiones, mujeres capaces de grandes esfuerzos en bien de su pueblo. Casi siempre lo que falta es un conocimiento de posibilidades y lo que sobra es individualismo. Aun vendiendo a este último enemigo, no se sabe casi nada en cuanto a derechos sociales, cooperativismo, concentración parcelaria, préstamos. A los pueblos de España no llega la debida divulgación.

Tal vez, a cada uno de nosotros, nos falta descubrir el campo, amarlo y llevar hasta él —a través de la televisión, de la radio, de una prensa cuya que está por nacer— el aliento necesario que le haga resucitar.

